

“(…) ni la distorsión de la historia desde el punto Jonbar, que se guste servir como entrada o de fondo, para hacer bullir las mil vertientes del mismo río, podría encaletarse dentro del paquete compacto del cine de ciencia ficción.”

Ni apellido ni rama: La Ucronía en disputa con la Ciencia Ficción en el cine de todos, algún o ningún tiempo

Para empezar, seamos honestos, ¿quién no deslizo un pequeño hilo de saliva placentera observando como empezaban a elevarse las lenguas de fuego en medio de la platea, (puesta en combustión a manos de Shoshanna Dreyfus y su amado Marcel) incinerando a Hitler y Joseph Goebbels, de la genial mano de Quentin Tarantino en *Inglourious bastards* del 2009?.

Tantos ejemplos de la discordia entre la historia y el relato voluntario surgen como ejemplos de esa tuerca de mago denominada “Uchronie: L’utopie dans l’Histoire por Charles Renouvier”.

209

Nohelia Llerena Ccasani*

En la lista de esta melosa magia, como primer referente de la tendencia literaria que contiene le essence de la Ucronía, podríamos citar *Patria* de Robert Harris (con la celebración del onomástico de Hitler), *Roma eterna* de Robert Silverberg (desarrollando el esplendor de un civilización en pleno apogeo de la modernidad), *Alejandro Magno* y *Las águilas de Roma* de Javier Negrete (Alejandro y sus vigentes peripecias), *Tiempos de arroz y sal* de Kim Stanley Robinson (sin Europa, la supremacía de China y el Dar-el-Islam es lo que nos queda), *El hombre en el castillo* de Philp K. Dick (pedacitos de los Estados Unidos de Norteamérica divididos como tajadas de torta entre japoneses, alemanes e independentistas), *El coleccionista de sellos* de César Mallorquí (Adiós Franco y directiva de sorpresa y golpe), *Los Rojos ganaron la guerra* de Fernando Vizcaíno Casas (Republicanos al mando después de la guerra civil española), *Britania conquistada* de Harry Turtledove (España sobre Inglaterra, Isabel en suelo inglés) o *Al oeste del Edén* de Harry Harrison (Dinosaurios y humanos en la misma pugna, igualdad de condiciones y razones), entre una lista de extensos arranques de interpretación de los restos de la Segunda Guerra Mundial, de las Guerras Civiles españolas y estadounidenses, de la Revolución Francesa y varios avatares y luchas ocurridas desde los inicios del viejo continente. No obstante, ese salivar en medio de la unilateralidad del relato, de la gana y alevosía rebasada sobre el contenido original de la historia, tiene un contexto más amplio y variopinto al que él mismo pensó en otorgarle a su filosófico razonamiento eso que Renouvier, aunque parezca ocioso citarlo en extenso, intenta explicar remarcando que:

* Abogada asociada de Picón & Asociados Asesores Tributarios. Egresada de la Facultad de Derecho de la PUCP con estudios sobre apreciación crítica de cine y talleres de actuación en el TUC.

Es propio de la naturaleza de una ciencia el suponer y buscar leyes necesarias, así como es propio de la naturaleza de los hechos estudiados por las ciencias físicas y matemáticas el ser hechos necesarios. Una ciencia que se funda y que no está exenta de errores tiende, naturalmente, a tomar como modelo a las ciencias ya conocidas de género diferente. Como la Historia tiene dos partes, una de crítica de los acontecimientos como verdaderos o probables y otra de investigación de sus leyes de producción y sucesión, no hay que asombrarse si el espíritu de los historiadores que han tratado esta última ha sido el de considerar, no solo la libertad humana como obligada a moverse entre límites trazados por ciertos fines que la humanidad no puede eludir, sino todos los actos humanos como determinados por sus precedentes, y todos los acontecimientos en general como prescritos por no se sabe qué eternos decretos.

210 El enredado spaghetti que nos resulta de la mezcla de este conflicto entre los hechos demarcados durante la historia vivida y transcurrida hasta nuestros tiempos fertilizados en la literatura de ficción, se revierte en la salsa ideal, quizás, para el cine y sus tramas, tramos, ramas, ramos, arbustos y árboles. La Trilogía Literatura – Historia – Cine es la que se encarga de amalgamar y hacer la goma digerida en un título cliché como “cine de ciencia ficción” a una buena historia.

Otra vez, ¿“quién no deslizo un pequeño hilo de saliva placentera observando como empezaban a elevarse las lenguas de fuego en medio de la platea, (puesta en combustión a manos de Shoshanna Dreyfus y su amado Marcel) incinerando a Hitler y Joseph Goebbels”?, si la historia nos dice exactamente lo contrario, si tenemos plena conciencia de que el relato proyectado en el ecran es una especie de melisma edulcorado de lo que los libros de historia nos plasman desde que tenemos uso o

mal uso, de nuestra razón. Ucrónicamente hablando, y tomando el Jonbar de la Segunda Guerra Mundial como parangón, Tarantino restringe la satisfacción –para algunos muchos- de ver un epílogo populista que pudo o no haber ocurrido en la cruda y dura realidad.

De todas maneras, ni la distorsión de la historia desde el punto Jonbar, que se guste servir como entrada o de fondo, para hacer bullir las mil vertientes del mismo río, podría encaletarse dentro del paquete compacto del cine de ciencia ficción. No porque éste no abrigue (valga y justifique la doble negación) dentro de sus fauces, narraciones fantásticas de un pasado, presente o futuro con mundos y personajes que bien calzarían entre el Paleozoico y la Edad Media, sino porque la ucronía parte de un acontecimiento de la realidad para relativizarlo, adaptarlo, burlarlo, hiperbolizarlo, menguarlo, flexibilizarlo como la plastilina en manos cálidas del infante más inquieto y perspicaz, pero sin incorporar la llegada de Jedis, Bilbo Baggins, el Agente Smith, un Alien, entre otros, solo para citar a los más carismáticos de la lista. Si bien Samuel Fergusson tiene una existencia más pasiva de acuerdo al relato de Julio Verne y la literatura de ciencia ficción tenga a veces límites parsimoniosos visto desde hoy hacia 50 o 60 años atrás, 2001: A Space Odyssey de Kubrick y Fahrenheit 451 de Truffaut (tomados de El centinela escrita por Arthur C. Clarke y Fahrenheit 451, obra de Ray Bradbury, respectivamente), nos prometen tal vez... ¿un futuro acaso ucrónico? ¿partiendo del jonbar?

Delgadas líneas transcurren como venas de un mismo cuerpo, saltando arterias y aortas para oxigenar un solo órgano vital: el tiempo o la historia como raíz o tamiz del cine de ciencia ficción, o no será que ese tiempo es más bien una contradicción diametralmente proporcional a la utopía que se propone y discurre en una ucronía en toda regla. 